

CODA

Una semana después del Encuentro “La poesía de Violeta Parra”, el 10 de diciembre de 2006, murió el dictador y Senador Vitalicio Augusto Pinochet, sellando así la impunidad de la dictadura. Es imposible no referirse a este acontecimiento, a propósito de los asuntos desarrollados en este trabajo, y a propósito del espíritu del Encuentro, que fue configurando una misteriosa unidad, a partir de los distintos trabajos allí presentados, en torno a la relación de Violeta y el futuro.

Muchos brindaron por la muerte de Pinochet, exactamente como el fascismo instalado lo hiciera en 1973, por la muerte del Presidente Salvador Allende y quienes lo siguieron. Pero, respecto de la muerte de aquél, no hay nada que celebrar. Porque en Chile, la traición y la violación, bajo distintas modalidades, constituyen formas de vida, cotidianamente manifestadas y socialmente legitimadas. Ése es el Chile que Pinochet, y los civiles y la ideología representados por él, instalaron: *la antipatria, el “abismo sin música, ni luz”, cuya estructura es el amor y la vida inviables*. Pues Pinochet representa el perpetuo movimiento de una entropía, de un trastocamiento de todo orden: la imposibilidad misma, en rigor, de construir un orden que posibilite la vida y la conciencia de una vida profunda.

No hay nada que celebrar, porque Chile ya no existe, porque nacer chileno es nacer con el hedor de la carne podrida impregnado en el cuerpo y el alma, como una maldición que la comunidad desalmada se encargará ineluctablemente de hacer cumplir. Ese hedor constitutivo es aquél de la orgía sacrificial, de las sucesivas carnicerías que componen la historia de Chile sin conciencia de sí, cuya culminación ha sido la dictadura, seguida por la *fiesta interminable* de la postdictadura, y su denegación de justicia en el caso Pinochet.

No hay nada que celebrar, porque el oscuro espíritu fascista, que trasciende el fascismo histórico, es carne y sangre en vastos sectores de la base social y popular, los cuales reproducen las formas de dominación legitimadas desde el poder. Y porque el envilecimiento y la lumpenización de la población chilena ha tenido como referente, precisamente, ese universo de representaciones y actitudes encarnadas por el *arcaico* Pinochet: traidor, mentiroso, falso, hipócrita, ladino, oportunista, cínico y cobarde.

¿Qué cabe hacer frente a esta terrible pérdida de Chile, sino atender al *oír* y la luz de la inteligencia profunda de Violeta? Si, como se expresó en el Encuentro desde distintas perspectivas, Violeta venía del futuro, entonces ella habló dirigiéndose también a las generaciones que padecieron el golpe de Estado de 1973, en forma directa, y a aquéllas que se formaron bajo la dictadura y la postdictadura de Pinochet. Pues Violeta y su arte, su vida y su filosofía, su imaginación poética y musical, y su profundo sentido del amor, representan la conciencia de las víctimas, en pugna por liberarse de sus victimarios en términos absolutos; esto es, por destruir toda representación persecutoria y abolir toda forma de dominación. Su luz sonora permanece desde y para el futuro, como esa *conciencia musical*, ese *yo póstumo*, ese sujeto espectral que habla en primera persona, *post mortem*, en *El gavilán*, para iluminar la conciencia de este horror.

La condición de posibilidad de la preservación de la vida pareciera ser el estado de inconsciencia. La vida que se reproduce ciegamente a sí misma, la vida social que sacrifica a sus mejores elementos y aniquila a los débiles para que vivan los vivos; la vida en su fondo, acaso, que no distingue individuos, supone esa indolente indiferenciación. Se requieren enormes cuotas de inconsciencia para permanecer vivo. Si la conciencia impusiese su verdadera fuerza, la vida humana se extinguiría, autoaniquilándose. Esto indica la presencia de una tensión dilemática entre vida, por un lado, y conciencia y conocimiento, por otro, como falla constitutiva de la humanidad y su proyecto.

Pero una vida vivida en la inconsciencia no tiene sentido. Pues ella es necesariamente bárbara, abyecta, vil y miserable, porque en ese estado de cosas se está dispuesto a sobrevivir a cualquier costo, sin cuestionamiento, ni escrúpulo alguno.

Ésta es la vida que queda cuando el amor ha muerto. Como correctamente afirmó Jung, en 1957:

Donde rigen el desamparo ante la ley, la estricta vigilancia policial y el terror, los hombres se convierten en entes aislados entre sí; tal es precisamente el fin y propósito del Estado dictatorial, el cual se apoya en la máxima acumulación posible de impotentes unidades sociales. Frente a este peligro, la sociedad libre ha menester un aglutinante de naturaleza afectiva, esto es, un principio tal como por ejemplo el de *caritas*, la caridad cristiana. Sin embargo, el amor al prójimo es precisamente lo más afectado por la falta de comprensión que determinan las proyecciones. (...) Donde termina el amor, comienzan el poder, el atropello y el terror²³³.

Por eso, una vida consciente, o los penosos esfuerzos por alcanzarla, son necesariamente una herida abierta al vacío y la incertidumbre. Y es por eso, también, que esa vida se halla permanentemente amenazada de muerte violenta.

La conciencia de ese futuro incierto, posible o imposible, ha quedado plasmada en estos versos de Gonzalo Millán:

Los heridos de muerte morirán.
La herida dejará una cicatriz.
La cicatriz no se borrará.
No se olvidará la herida.
La cicatriz nos dejará señalados²³⁴.

En la voluntad de forma de esa conciencia de sí, encarnada por Violeta, que emana del inconsciente como un sujeto secundario, está su inmenso dolor, debido la muerte del amor. Y está la desolación de las generaciones posteriores a ella, extraviadas en medio de la oscuridad de esa muerte, que su *oír* profundo había presentido, y a la cual ella consideró un deber dar una forma, desde la luz de su conciencia y su noble amor, abiertos al futuro.

²³³ Carl Gustav Jung, *Presente y futuro*, p. 53.

²³⁴ Gonzalo Millán, op. cit., p. 117.

¿Cuál es la posición de Violeta frente al mecanismo del chivo expiatorio? *El gavilán* aparece desgarrada entre la voz de las víctimas y la voz de los perseguidores. Pero una de sus arpilleras, *Cristo*, muestra otros aspectos de dicha tensión. En ella, Violeta plasma la figura de Cristo crucificado. Su cuerpo aparece desollado, exhibiendo sus carnes vivas y sus huesos. Su cabeza está inclinada, sin cabellera. Puede verse su corazón rojo en un costado. Pero sólo uno de sus brazos está clavado en la cruz. El otro, cuelga.

Sobre el madero de este brazo caído, posa un ave con una ramita verde en su pico, o con el clavo, bordado de color verde, que antes lo afirmaba en la cruz. Tal vez, sea una paloma o un ave más pequeña. Si se moviera, caminaría hacia la cabeza inclinada de Cristo agónico o muerto. La imagen total aparece suspendida en una especie de vacío, sin tiempo, ni espacio, el cual coincide con la tela azul violeta, en que aquélla ha sido bordada.

Violeta se representa a sí misma del modo siguiente:

Yo soy un pajarito que puedo subirme en el hombro de cada ser humano, y cantarle y trinarle con las alitas abiertas, cerca muy cerca de su alma²³⁵.

Esa ave puesta sobre el madero podría ser un pajarito cantor desclavando a Cristo. O una paloma anunciando el hallazgo de un territorio donde vivir y habitar, luego de la completa ruina del mundo, como en el episodio bíblico del arca de Noé. O ambos. El color verde fusiona ambas imágenes, poniendo de relieve la complejidad y espesor de este símbolo. En el folklore y el antiguo Egipto, el alma aparece representada como pájaro. En el segundo caso, dicha imagen se relaciona con la idea de que el alma vuela del cuerpo después de la muerte. Por lo tanto, según se desprende del texto citado, el ave posada sobre el madero simboliza el alma de Violeta, que viene a desclavar al propio Cristo de la cruz, repudiando aquí, sin ambigüedades, la mentalidad sacrificial y el mecanismo del chivo expiatorio. La sutilidad, belleza y fragilidad de esta imagen, próxima a Dios, contrasta ostensiblemente con la pesada, terrible, violenta y oscura imagen del gavilán, como ave de rapiña, que personifica al Diablo.

Violeta como alma. Acaso el alma de Chile *post mortem*. Se acerca a Cristo crucificado para desclavarlo y anunciarle que ha encontrado un espacio de dignidad donde él podría vivir. O se acerca para cantarle y trinarle muy cerca de su alma, sacrificada por la turba a los poderes de la oscuridad, con el fin de revivirla. Aquí, la música adquiere una dimensión de radicalidad, espesor y luminosa eficacia, sólo comparable a la gracia de Dios, la única capaz de restaurar lo destruido o perdido, o de hacer resucitar a los muertos.

²³⁵ Violeta citada por Isabel Parra, op. cit., en Leonidas Morales, *Violeta Parra: la última canción*. Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2003. P. 29. La imagen de la arpillera *Cristo* ilustra la portada del libro citado. “¡Oh, la saeta, el cantar / al Cristo de los gitanos, / siempre con sangre en las manos, / siempre por desenclavar! / ¡Cantar del pueblo andaluz, / que todas las primaveras / anda pidiendo escaleras / para subir a la cruz! / ¡Cantar de la tierra mía, / que echa flores / al Jesús de la agonía, / y es la fe de mis mayores! / ¡Oh, no eres tú mi cantar! / ¡No puedo cantar, no quiero / a ese Jesús del madero, / sino al que anduvo en el mar!” Antonio Machado (1875-1939), poema CXXX, *Campos de Castilla* (1907-1917). En *Obras selectas*. Austral Summa, Madrid, 1998.

El alma de Violeta *post mortem* recorre ese camino por amor, desde el cual repudia no sólo todas las formas del sacrificio y las carnicerías de la historia humana, sino también la prostitución y el envilecimiento de la música por el mercado, la industria cultural y su uso como instrumento de tortura. Y es, precisamente, ese anhelo profundo del fin de la violencia, y del envilecimiento de la música y la cultura (encubiertos por la voluntad de esfumamiento del mecanismo del chivo expiatorio), el anhelo inenarrable de algo *real* que donara su sentido al mundo e hiciera posible la vida en su forma noble, el cual, a la postre, se quiebra en Chile de modo irrevocable, con el golpe de Estado de 1973.

En la Entrevista de 1960, Violeta relata su encuentro con un anciano cantor y tocador de Las Barrancas. Después de la terrible noche, en que él debió cantar para su nieta predilecta fallecida, juró no volver a cantar, porque Dios se la había llevado. A pesar de esto, el anciano accedió a cantar y tocar para Violeta, pues para él, ella era la única que transmitía el canto a lo poeta. Sin embargo, él no pudo cantar, pues tenía un nudo en la garganta.

Violeta afirma que sus primeras palabras sonaron como un gemido, y eso la conmovió profundamente. Tal vez, la voz cascada del anciano cantor haya sonado como la difícil entonación del tritono.

Valparaíso, noviembre 2006-noviembre 2007, febrero-marzo 2008.
Desde el exilio del alma.

